



## ESTHER,

Natura y cielo juntos

A porfia la adornaron.

(Racine, *Esther*, acto III, escena 9.ª)

**C**ONOCIDAS son las guerras de esterminio que se hacían en general los pueblos antiguos, y con especialidad las razas poderosas del viejo Oriente. La espada ó las cadenas, tal era la suerte de los vencidos en el campo de batalla; el incendio y el saqueo lo eran de las ciudades asaltadas; y el cuerpo entero de la nación desventurada, arrancando del suelo natal, iba á vejetar bajo otro cielo, donde se le concedía una medida de aire, de movimiento y de vida, á la manera del árbol que, perdida la copa es trasplantado á una tierra extranjera, y al cual parecen querer sofocar las plantas indígenas con su sombra celosa. La victoria de aquellos pueblos era una victoria despiadada.



Viuda é hijos de Arango Editores.

Lit de Llano y Comop

ESTHER.



De todos es también conocido que los judíos sufrieron una prueba de esta naturaleza bajo el rey de Babilonia Nabucodonosor II, prueba cruel que duró setenta años. Este grande infortunio fué el que inspiró al profeta Jeremías y arrancó de su pecho esos eloquentes sollozos que jamás han podido igualar las lamentaciones de ningún otro proscrito; y ese mismo infortunio fué el que lloró de antemano otro profeta en este melancólico cantar:

Del Eufrates remoto en la orilla  
De Judá me acordé con tristura,  
Y al mirar su marchita hermosura,  
La corriente con llanto aumenté.

De memorias funestas y amargas  
Solo vive el dolor que alimento:  
En un sauce, ludibrio del viento,  
Para siempre mi lira colgué (1).

Ciro, uno de los sucesores de Nabucodonosor, expidió un edicto célebre en la historia sagrada, autorizando á los judíos para volver á su patria y reedificar el templo de Jerusalem. Desde entonces terminó legalmente el cautiverio; pero de hecho las antipatías de algunos administradores subalternos y la rivalidad de los samaritanos, que á pesar de estar unidos por la sangre con los judíos, se hallaban muy apartados por intereses de política y religión, fueron la causa de que muchas familias prefiriesen continuar en la tierra extraña al lado de las cenizas de sus padres, que no huir hácia una patria donde su Dios aun carecía de altar.

De una de estas familias que esquivaron la vuelta á una patria que todavía no podían llamar completamente suya, nació Edissa ó Esther, una de las mugeres que más útiles fueron al pueblo de Dios en sus tribulaciones. Los nombres que recibió,

(1) *Esta version es del distinguido poeta mexicano D. José Joaquín Pesado.*—(N. del T).



acaso por una disposicion especial de la Providencia, significan en lengua hebrea la dulzura del mirto y la belleza de la luna. Perdió Esther á sus padres en la primavera de la vida, y el dolor de esta pérdida prematura, unido á la amargura del cautiverio, acaso habrian quebrantado el valor de la huérfana, si ésta no hubiese contado con el apoyo y los consejos de su tío Mardoqueo. Cuando la paloma, léjos de su nido, es destrozada por las garras del buitre, no se lamentan en vano sus polluelos, porque Dios les envía un rayo de sol que los caliente, una gota de rocío que mitigue su sed, y Él es tambien quien ordena al viento que deposite en su nido algunas semillas para nutrirlos hasta el dia en que puedan por sí solos procurarse el alimento y gozarse en la bóveda azul del firmamento.

Crecia Esther en años y en virtud; pero vivia oculta y solitaria, á la manera de esas flores modestas arrojadas al descuido por la mano de la primavera, y que sepultan bajo la verde alfombra del prado su cáliz y su perfume. Parecia condenada por siempre á la oscuridad y angustias que le habian acarreado los infortunios de su nacion, cuando repentinamente el capricho de un tirano, ó mas bien dicho, Dios, que tiene en su mano el corazon de los reyes, cambió el curso de sus destinos.

Mal pudieron soportar los hombres de Cambises el peso de la gloria legada por Ciro su padre; y la conspiracion que puso término á sus estravagancias degollándole, dió fin por ceñir con la diadema las sienes de Asuero, conocido entre los escritores profanos con el nombre de Darío, hijo de Histaspes. De esta manera se vió Asuero señor de los pueblos numerosos que habitaban desde la India hasta el mar Egeo, y desde el Ponto-Euxino y el mar Caspio hasta la Etiopia y el Oceano; y adoptó el título de gran rey, ó rey de reyes, sin duda porque su imperio estaba formado de varios reinos conquistados, ó bien porque tenia reyes sujetos á su dominacion.

Llegaba Asuero al tercer año de su reinado, cuando en medio de la embriaguez de su gloria y á fin de ostentar su magnificen-

cia y sus riquezas, convidó á unos espléndidos banquetes á los príncipes de su corte, á sus oficiales, á los mas valientes de entre los medas y persas, y á los ciento veintisiete sátrapas ó gobernadores de las provincias de su imperio. Seis meses duró esta festividad; pero en la última semana quiso el rey tener tambien por convidado al pueblo de Susa, capital de sus vastos dominios. Pusieronse mesas en los jardines reales, y el lujo de los adornos compitió con la delicadeza de los manjares y los vinos. La reina Vasthi por su parte ofreció á las mujeres una fiesta suntuosa, que se celebró en el interior del palacio.

Habia llegado el dia postrero de aquella larga solemnidad; mas era imposible que terminase sin alguna escena de extravagancia. Trastornado Asuero por los vapores del vino, ordenó que se presentase la reina en el festin cubierta de sus mas brillantes galas, á fin de que todos sus vasallos pudiesen contemplar y admirar su belleza. No obedeció Vasthi la órden del monarca, y furioso éste al ver la indocilidad de su esposa, la repudió y mandó degradar en el acto. Inmediatamente fué ejecutada la sentencia.

Pero poco tiempo despues se despertó vivamente la memoria de Vasthi en el corazon de Asuero, y los cortesanos, deseosos de borrar aquel recuerdo, se propusieron buscar en todo el imperio las doncellas mas hermosas y presentárselas en Susa, á fin de que escogiese de entre ellas la nueva reina de los persas. Esther fué una de las presentadas, y el esplendor de su belleza hizo en Asuero una impresion tan profunda, que la señaló desde luego por sucesora de Vasthi, celebrando sus nupcias con multiplicadas muestras de magnificencia y largueza.

Ninguna mella hizo en la sencillez del alma de Esther su elevacion á tan inesperada altura; ni dejó por esta razon de mostrarse dulce hácia Mardoqueo, y dócil á sus consejos, del propio modo que cuando vivia niña y huérfana bajo su tutela y su cuidado. De conformidad con su mandato, ocultó el nombre de su patria y de su pueblo; pero encontró el modo de llamar á Mardoqueo á la corte, y éste fijó su habitacion en la puerta del palacio.



A pesar de que eran frecuentes las consultas del tío y la sobrina, se manejaron con tal discrecion, que no hubo quien concibiese la mas ligera sospecha, y gracias á esta buena inteligencia, pudo trastornarse una conspiracion fraguada contra la vida de Asuero. Descubrióla Mardoqueo y dió parte de ella á Esther, quien á su vez dió al ministro los mismos informes: los culpables fueron cogidos, y habiendo sido interrogados y convencidos de su crimen, fueron condenados á muerte. Escribióse la historia de esta conjuracion en los fastos del imperio, donde se apuntaban con exactitud y minuciosamente los acontecimientos de los reinados anteriores, los reglamentos establecidos y los servicios prestados á la patria: el nombre de Mardoqueo fué consignado en aquel registro, y esta fué por entónces la única recompensa que sus buenos oficios le valieron.

Vivia entónces en la corte de Persia un gran señor llamado Aman, que era oriundo de los amalecitas, una de las naciones que los hebreos habian arrojado de la Palestina al entrar en ella. Por favor ó por mérito este hombre habia llegado á ser el primer personaje del imperio despues del rey: á su paso, todos los sirvientes de palacio doblaban la rodilla en señal de adoracion, porque esta era la etiqueta prescrita por Asuero en honor de su favorito. El único que le rehusó este homenaje fué Mardoqueo, y todos le preguntaban: ¿por qué no obedecis como los demas el mandato del príncipe? Mardoqueo respondia: que siendo judío, su religion le prohibia observar el ceremonial idolátrico de la corte. Advertido Aman de la resistencia de Mardoqueo, fué grande su cólera, y pareciendo poco á su orgullo herido inmolar solo al supuesto culpable, resolvió envolver á todos los judíos en una ruina comun. Tal vez queria satisfacer de este modo un odio hereditario y vengar la sangre de Amalec, derramada en otro tiempo por Saul en los campos de Hevila.

Con este designio Aman se presenta ante el rey Asuero, y le dice que el imperio alimenta en su seno á todo un pueblo que tiene sus leyes y sus costumbres aparte, que se resiste á la autoridad

real; y le hace ver que es preciso no alentar la licencia con la impunidad: «Ordenad, pues, añade, que perezca ese pueblo; y para que no perdais los tributos que de él se sacan, yo pondré diez mil talentos en vuestra tesorería.» Esta suma era prodigiosa para un particular; pero Aman esperaba sin duda que su oferta no seria admitida, ó que la fortuna de los proseritos seria confiscada en su provecho: conocia bien á su amo.

Efectivamente Asuero se quitó el anillo que usaba para sellar sus cartas, y le puso en manos de su ministro, diciéndole: «Guarda tu oro, y en cuanto á ese pueblo, haz lo que quieras.» Se publicó en consecuencia un edicto sanguinario contra los judíos, el cual fué traducido en todas las lenguas del imperio, y enviado á sus ciento veintisiete provincias. Decíase en él que el gran rey, queriendo asegurar á todos sus pueblos los beneficios de una paz dichosa y duradera, y habiendo sabido que la odiosa nacion de los judíos turbaba la universal armonía con la diversidad de sus hábitos, habia resuelto exterminarlos á todos en un mismo dia, hasta á las mujeres y los niños, apoderándose de todos sus bienes.

Luego que Mardoqueo supo esta órden, rasgó sus vestiduras, é hizo todos los otros signos de duelo usados entre los orientales: vestido de un saco y cubierta de ceniza la cabeza, acompañaba en su pena á sus compatriotas, que llenaban la ciudad con sus lamentos, miéntras que Asuero y su favorito se solazaban en los festines.

Entre tanto el imperio seguia ignorando que la reina pertenecia á la nacion condenada, y Esther ignoraba igualmente las desgracias reservadas á sus compañeros de destierro. Informada sin embargo por sus damas de la extremada afliccion de su tío, le mandó á buscar para saber la causa, enviándole vestidos convenientes para que se pudiese presentar; pero él no quiso dejar su luto, y esperó á que se le enviase un servidor fiel, por cuyo medio hizo llegar á manos de Esther el edicto publicado, rogándola que hablase á Asuero y empelase su influjo en favor de los judíos: «Acordaos, la dijo, de los dias de vuestra humillacion, y de que fuísteis alimentada por



mi mano: invocad al Señor, hablad por nosotros al rey, y libertadnos de la muerte."

Esther respondió, que en Persia estaba rigurosamente prohibido penetrar en los aposentos del rey sin su orden expresa, y que al punto era entregado á la muerte cualquiera que no respetaba esta prohibicion, á no ser que el monarca inclinase hácia el culpable su cetro de oro en señal de clemencia. El valeroso anciano replicó: «Si guardais silencio, Dios hallará algun otro medio de salvar á los judíos, y vos perecereis, vos y la casa de vuestro padre. Por otra parte, ¿quién sabe si vos habreis sido elevada al trono precisamente para salvarnos de la crisis en que hoy nos encontramos?» Esther cedió, y dijo: «Id, y que se reúnan todos los judíos que están en Susa, para que ruegen por mí: que no se tome alimento ni bebida durante tres dias y tres noches; yo ayunaré tambien con mis damas, y despues me presentaré al rey infringiendo la ley del pais y arrojando el peligro y la muerte."

Esther depuso la pompa de sus vestiduras reales, y tomó otras que correspondian mejor á su afliccion y á su duelo: no embalsamaban ya su cabellera los perfumes preciosos; su frente estaba humillada en la ceniza, y su cuerpo sometido á los rigores del ayuno; en sus aposentos, tan risueños en otros dias, reinaba una sombría tristeza. De este modo oraba al Señor, y no fué vana su oracion.

Al tercer dia de su penitencia la reina se pone sus mas ricos adornos, y con todo el esplendor de la pompa real dirijese á la presencia de Asuero. Dos de sus mujeres la acompañan; apoyada en la una, parece que apenas se puede sostener, y la otra seguia á su señora levantando los flotantes pliegues de su luenga vestidura. Bajo su tez rubicunda y detras de sus ojos llenos de gracia y de resplandor, Esther oculta la tristeza y la inefable congoja de su alma. De este modo atraviesa todas las salas que conducen al aposento del rey, ante el cual aparece de repente. Asuero estaba sentado en su trono, y sus vestidos brillaban con el oro y la pedrería: alza sus ojos, y al punto el furor se manifiesta en su sem-

blante. Temblorosa y perdida, Esther palidece y deja caer su frente sobre la jóven doncella que la acompañaba, á cuyo espectáculo enternecido el corazon del rey, deja que la mansedumbre ocupe el lugar de su carácter feroz, y lleno de inquietud descende precipitadamente de su trono, recibe á la reina en sus brazos, y la dice con ternura. «¿Qué tienes Esther? yo soy tu hermano, no temas: tú no morirás, porque la ley no se ha hecho para tí, sino para todos los otros: ven, pues, y toca este cetro;» é inclinando hácia ella su cetro de oro en señal de clemencia, la invita á hablar. Esther se excusa del pavor que le habia causado la magestad del gran rey, y vuelve á caer casi desvanecida, hasta que al fin recobrada, el rey la dice: «¿Qué quieres, reina Esther? ¿qué es lo que pides? aunque me pidieras la mitad de mi reino, yo te la daria;» pero Esther no juzgando todavía oportuno el momento propicio para explicarse, convida á Asuero para un banquete, suplicándole que asistiese tambien Aman: Asuero le repite en el festin sus ofrecimientos; pero ella se limita á rogar al rey que asistiese al dia siguiente con Aman á otro banquete, prometiendo manifestar en él sus deseos y sus votos.

Aman salió con grande alegría de su palacio; pero á la puerta de él estaba sentado Mardoqueo, que no se levantó para honrar al poderoso ministro, el cual veia con este acto de independencia, destruida toda su felicidad. Lleno de cólera vuelve á entrar en su casa, donde juntando á sus amigos con su mujer Zarés, les manifiesta la inmensidad de sus riquezas, su inmenso poder, y el favor de que goza en la corte: «Pues bien, añade, de nada me sirve todo esto mientras mire al judío Mardoqueo permanecer sentado delante de mí á las puertas de palacio.» Su mujer y sus amigos le aconsejan levantar una horca y pedir al príncipe que Mardoqueo sea colgado en ella; consejo que fué inmediatamente aceptado por Aman.

Aquella misma noche Asuero no podia dormir, y para mitigar la fatiga del insomnio, envió á buscar los anales de su reino, donde habiendo llegado á la conspiracion descubierta por Mardoqueo,



quiso saber la recompensa que se habia decretado á un súbdito tan fiel; y entónces supo que aquel servicio no habia sido dignamente recompensado. A la mañana siguiente Aman se dirigió muy temprano al palacio con el designio de solicitar y de obtener la muerte de su rival. Asuero le preguntó: «¿Qué se debe hacer con un personaje á quien el rey desea colmar de honores?» El cortesano en su orgullo creyó que se trataba de él, y respondió, que era menester dar á aquel personaje los ornamentos reales, la diadema del rey, y el caballo que el rey montaba habitualmente, y que el primero de los príncipes y de los grandes de la corte caminase delante del triunfador, llevando las riendas del caballo y gritando por la ciudad: «Así será honrado aquel á quien el rey quiere honrar.» «Pues bien, replicó Asuero, haced inmediatamente todo lo que acabais de decir, con el judío Mardoqueo.» El altivo amalecita se resignó, y tributó los honores que creia haber aconsejado para sí mismo, al hombre á quien tanto odiaba; pero volvió á su casa llorando de rabia y con la cabeza cubierta para ocultar su oprobio, no habiendo recibido por todo consuelo de sus amigos y de su mujer mas que lúgubres pronósticos sobre la ruina total de su fortuna, que acababa de vacilar delante de Mardoqueo.

En medio de esto, la hora del festin habia llegado, y los servidores del palacio fueron á buscar á Aman, que entró en los aposentos de la reina con el rey su señor. Asuero animó de nuevo á Esther para que pidiese lo que queria.

«¡Oh rey! respondió: si he encontrado alguna gracia ante vuestros ojos, os conjuro á que me concedais mi vida y la de mi pueblo. El y yo estamos condenados á la opresion, á la muerte y á la destruccion. ¡Pluguiera al cielo que se contentasen con vendernos como á esclavos! Seria un mal soportable, que yo deploraria en silencio; pero la crueldad de nuestro enemigo, ni al mismo rey perdona, y le arrebató numerosos vasallos.»

«¿Y quién es el que se tiene por tan fuerte que á tanto se atreva?» preguntó Asuero.

Esther respondió: «Héle aquí; Aman es nuestro injusto y bárbaro perseguidor.»

Fueron estas palabras un rayo para Aman, el cual se quedó sin habla, y sin atreverse á dejar que sus ojos se encontrasen con los del rey y la reina.

Levantóse Asuero lleno de cólera, salió de la sala del banquete y se retiró al jardín. Comprendió Aman que estaba perdido, y arrojándose á los piés de la reina le pidió la vida. Este acto consumó su ruina, porque al volver á entrar Asuero, creyó que llevaba su audacia hasta el extremo de faltar á la reina al respeto, y mandó que le diesen muerte. Uno de los ejecutores le manifestó que en la casa de Aman habia una horea, la misma que habia mandado levantar para colgar á Mardoqueo. «Colgadle en ella,» dijo el rey, quien fué al punto obedecido.

En el mismo dia declaró Asuero que todos los bienes de Aman quedaban confiscados á beneficio de Esther. Entregó su anillo real y nombró su primer ministro á Mardoqueo, quien le fué entónces presentado como pariente de la reina. Esta colmó tambien á su tio de riquezas y de honores, y le nombró intendente de su casa; pero no por favorecerle se olvidó del bien de todos sus compatriotas. Fué á ver llorando á Asuero, y le pidió con todo rendimiento la revocacion de las providencias sanguinarias dictadas contra los judíos. Consintió el rey en ello, y gracias á la diligencia de Mardoqueo, se dirigieron nuevas comunicaciones anulando la orden anterior, á las ciento veintisiete provincias. A mas de esto fueron facultados los proscritos para hacer con sus enemigos lo mismo que estos habian querido hacer con ellos. No hay que admirarse de esta autorizacion. En todas las legislaciones antiguas se halla consignada la pena del talion, y hasta Moisés consagra ese modo cruel de hacer justicia: «Ojo por ojo, dice, y diente por diente.» Estaba reservado á las naciones cristianas, modeladas por la mansedumbre del Evangelio, erigir en principio que la ley en su venganza, serena cuanto digna, no debe igualarse con la barbarie y arrebatos del culpable.



En el día señalado por Aman para la matanza de los judíos, estos fueron los que cayeron armados sobre sus enemigos en todas las ciudades, villas y lugares de los vastos dominios de Asuero. Diez hijos de Aman fueron inmolados, en union de otros muchos; pero los judíos no se aprovecharon de la orden de confiscacion dada igualmente á su favor: se contentaron con castigar de muerte á sus antiguos perseguidores, y dieron á conocer con esto que la justicia y el celo, en vez de la codicia, eran los que habian armado sus brazos.

Para recordar aquella salvacion maravillosa, establecieron Esther y Mardoqueo una fiesta solemne que se celebraba cada año, precisamente en el día designado por Aman, para la destruccion del pueblo hebreo. Diósele el nombre de *fiesta de la Suerte*, en conmemoracion de que el amalecita, fiel á las supersticiones de su país, habia sacado por suerte el día de su proyectada venganza.

Así fué aliviado el infortunio de los judíos. Esther apareció en la noche de su destierro, como la dulce y consoladora claridad de la aurora, que anuncia al viagero el nacimiento del día; y el día lució en efecto para Israel, porque aun despues de la muerte de la reina, siguieron los monarcas de la Persia impartiéndole su proteccion. Gracias á ella, pudieron tornar á ver á Jerusalem y volver á levantar sus murallas, su templo y sus altares.

La historia de Esther nos enseña cuán cierta es una de las leyes que rigen al mundo. *La virtud es poderosa hasta en su debilidad, en tanto que la fuerza del hombre injusto es flaqueza, y sola flaqueza.*

